

recieron estar al nivel de la temperatura [entonces estaba muy ardiente,] y por último, Joaquín Alcalde se encargó de leer los primeros capítulos de esa novela de Riva Palacio que acaba de publicarse *Calvario y Tabor*, y que entonces estaba comenzando á escribir.

La segunda *velada* sí fué de reforma. Los bohemios que se encargaron de ella, escogieron para recibir á sus amigos la casa de otro bohemio, que entonces vivía an el mencionado entresuelo de la casa núm. 2 de la calle de Gante que hoy ocupa el ministro de Gobernación. Esa habitación estaba entonces desnuda y escueta. Era un verdadero zaquizamí de estudiante. La describiremos tal como estaba esa noche.

El suelo de la sala no tenía alfombra, sino que los prosaicos ladrillos se ostentaban en toda su belleza, no teniendo otro mérito que el de estar barridos y limpiecitos. Cuatro docenas de sillas blancas de pino, eran los asientos de los concurrentes. Sendas estampas representando al Dante, al Taso, á Shakespeare y á Milton, estaban pegadas en las paredes con pequeños clavos; una mesa humilde ocupaba el centro, en la que, al derredor de una lámpara se veían una edición de la *Iliada* y la *Odisea*, y una del *Quijote*. En los rincones, pobres columnas con candelabros, donde ardían velas esteá-

ricas; porque, eso sí, había mucha luz, como que costaba poco. En un lado de la pared, una pirámide de libros en que estaban confundidas *La Jerusalem libertada*, *Las Luisiadas*, *El Paraíso perdido*, las obras de Rousseau, las obras de Gilbert, las canciones de Beranger y las obras de nuestro Rodríguez Galván; en fin, todo recordaba allí á los poetas y á los literatos, la pobreza y el infortunio de los más grandes ingenios de la tierra.

Agustín Siliceo para poder amenizar la tertulia, fué á traer un modesto piano de alquiler en el que tocó sus hermosas composiciones, alternándolas con otras en que brilla su destreza como ejecutista.

Este mismo Agustín leyó en primer lugar, por vía de introducción, un pequeño discurso en que hablando de la humilde recepción que se hacía allí á los concurrentes, acostumbrados á las grandezas de las veladas anteriores, los invitaba á pasar á la casa de Fulcheri, si por ventura no quedaban contentos con aquella bohemia. Se acogió con grande júbilo y alegre risa este discurso insolente y prometió cada cual moderar sus instintos gastronómicos y tener estómago de anacoreta.

En efecto, tal se necesitaba, porque en otra picesita contigua se podía ver una mesa pe-



queña y limpia, pero no llevaba sobre sí más que algunas grandes tortas de pan blanco, algunas botellas de manzanilla y de cognac, y una tetera, limones, azúcar y agua.

Con todo esto, que era capaz de aterrar á los que, iliteratos, sólo iban á tributar culto á Baco y á Ceres, los hijos de las musas se mostraron contentos como pocas veces; aquella pobre provisión desapareció en el instante, pero ni produjo indigestiones ni excesiva alegría, sino un entusiasmo tranquilo y cordial. Verdad es que en las veladas anteriores tampoco pudieran haberse notado excesos de ningún género; pero sí se advertía, que una vez pasados los placeres de la mesa, los convidados iliteratos escurríanse callandito, produciendo con su ausencia cierto vacío, y contagiando con su ejemplo á los demás.

Por otra parte, la riqueza y abundancia de los manjares, la variedad de soberbios vinos y las finezas de los Anfitriones, acababan por poner pesados los estómagos, nublados los cerebros, y los corazones más tiernos de lo que se necesita para sentir las bellezas de la poesía. La discusión literaria no era posible después de la mesa; el final de las veladas se iba pareciendo al final de las *posadas* ó de los banquetes de *tivoli*, y la dignidad personal de los concurren-

tes pobres, que eran los más, sufría con esa ostentación de lujo, que sería un obsequio para ellos, pero en que entraba por mucho un sentimiento distinto del amor á la literatura y del cariño hacia los literatos.

De modo que en la velada de Ramírez y de Siliceo, se disfrutó de bienestar, y los bohemios de las letras se sintieron como en su propia casa. La reunión se prolongó hasta las altas horas de la noche, y todavía los concurrentes se dispersaron recitando versos y riendo alegremente.

A falta de tapices, de espejos y de galantinas y licores, hubo algo mejor, hubo la lectura de composiciones notabilísimas, y que indicaban ya un adelanto y un empeño que sorprendieron. Justo Sierra leyó su magnífica poesía *Dios*, en que su lira hizo oír los acentos sagrados de la oda antigua, en que su pensamiento, dejando las esferas limitadas de la tierra, se remonta como una águila á los espacios infinitos, para encontrarse frente á frente de la inmensidad y para sentir el aliento omnipotente del Sér Supremo, revelando su existencia de súbito ante el espíritu que osara interrogarle y dudar.

Esta composición ha sido publicada ya en el cuarto cuaderno de las veladas.

Alfaro, otro poeta inspirado y correcto, leyó también otra composición *A Dios*, que no es



indigna de ponerse al lado de la de Sierra, aunque tiene un carácter diverso, pero en la que se notan un gran sentimiento é ideas profundas y originales.

Manuel Peredo leyó un artículo ingenioso y lleno de intención, que remitió José T. de Cuéllar de San Luis Potosí; Joaquín Téllez recitó sin perturbarse, fiado en esa memoria asombrosa que tiene, una de sus más preciosas composiciones serias: un joven que ingresaba por primera vez á aquella reunión, como Alfaro, Rafael Zayas, veracruzano, y por lo tanto fogoso y atrevido, recitó también unos versos en los que si no se advertía una gran destreza en el idioma, sí había gran sentimiento. Zayas ha residido en Europa, y especialmente en Alemania; mucho tiempo se ha consagrado con asiduidad y con gusto al cultivo de esa rica y hermosa lengua, y de esa grandiosa y profunda literatura, y no es de extrañarse que al volver á su país, del que salió todavía niño, conserve aún su acentuación alemana é ignore los secretos de la lengua castellana, que sólo se conocen con la práctica y la lectura de los clásicos. El aprendió el alemán y residió en Prusia en un tiempo en que las impresiones que se reciben quedan grabadas más hondamente que las que vienen después; pero su juventud le pone aún

en facilidad de poder manejar su lengua con fluidez y corrección, y si á eso se añade su gusto decidido por la literatura, no dudamos de que progresará pronto.

Entretanto, lo excitamos ya que él posee afortunadamente un conocimiento que falta aquí, como es el idioma alemán, á que haga estudios sobre los grandes escritores alemanes, traducciones de aquellas obras maestras que apenas conocemos, con lo cual prestará un servicio inmenso á la literatura mejicana, porque se enriquecerá con nuevos monumentos. En esta tarea, apenas sabemos de algunos trabajos que se hayan emprendido antes de esta época, por el joven Martínez de Castro, que murió heroicamente combatiendo con invasores americanos en la guerra de 1847. La muerte segó en flor esta vida llena de esperanzas y que tanta gloria hubiera podido dar á las bellas letras de Méjico. En la actualidad sabemos también y nos consta que el ilustrado y eminente literato D. José Sebastián de Segura, se dedica á traducir algunas célebres composiciones de los mejores poetas alemanes, habiendo concluido ya *La canción de la campana*, de Schiller, que en opinión de los que saben, es superior á la traducción de Hartzzenbusch bajo todos aspectos, lo que nos hace desear que su autor la publique cuanto an-



tes. Hoy trabaja en poner en versos castellanos el *Buzo*, del mismo gran poeta, y confiamos en que el desempeño quedará al nivel del anterior.

La poesía y literatura alemanas son hoy nuestro sueño, y por eso excitamos á Zayas á que trabaje también en hacerlas conocer. Por nuestra parte, y deseando contribuir con nuestro humilde esfuerzo á esa obra, y desconfiando de las traducciones francesas que, como se sabe, no brillan por su exactitud, no podemos hacer por hoy otra cosa que consagrarnos con tenacidad y con empeño al estudio del idioma alemán. ¡Ojalá que podamos el año entrante publicar la serie de estudios que nos proponemos, que aun siendo inferiores, como deben esperarse de nosotros, servirán para estimular á la juventud.

En la velada de que estamos hablando, se leyeron todavía otras composiciones dignas de atención; y para concluir, el Nigromante ocupó la silla y se puso á recitar unos tercetos, esos tercetos que no hay nadie que haga como él y que se escuchan sin perder una sílaba. Ellos eran una especie de contestación al discurso que leyó el Sr. Martínez de la Torre en la velada de su casa, y que se publicó en el cuarto cuaderno. El Nigromante lo anunció así, diciendo que ese discurso le había inspirado su composición, y se puso á recitarla con su gravedad de cos-

tumbre, que hace siempre perder á los demás la suya. Ya se podrá concebir cómo era la tal composición, y sólo diremos que á las risas y á los aplausos generales se agregó hasta la risa y el aplauso del mismo Martínez de la Torre, que no pudo mantener su seriedad al oír á Ramírez poner en caricatura sus ideas. Es lástima que Ramírez no quiera darnos todas estas piezas, que llenarían de gozo á los lectores, sino que las reserve á un círculo de escogidos.

Esta velada de la pobreza ha servido de ejemplo para que los demás bohemios no se retraigan de hacer sus reuniones por el temor de no poder recibir en salones espléndidos y ofrecer una cena de Baltasar.

Es preciso decir que los amigos de la literatura concurrirán con mayor gusto á una habitación humilde que á un palacio iluminado con mil luces, y que tomarán con más placer una tacita de té, que esas *cráteras* de hirviente licor que embriagan á las musas; es decir, que irán mejor á la casita de Horacio que á la *villa* de mármol de Lúculo; á la guardila de Cervantes, que al palacio del conde de Lemos. Hasta es más propio eso y más digno. De otro modo, si nosotros no hubiésemos manifestado á tiempo nuestro desagrado, habríamos acabado por andar de casa en casa de los grandes, cargando el



laúd, como los trovadores de la Edad Media andaban de castillo en castillo, divirtiendo á los ricos-homes en la sobremesa y recibiendo buenas comidas en cambio de cantares. Parece que nosotros no tenemos necesidad de apelar á estas industrias, y que haremos muy bien en no reunirnos sino en casa del amigo rico ó pobre, pero que no haga esfuerzo para recibirnos. Que no se diga de nosotros lo que el sarcástico Labéolier dice en su artículo *El poeta*, de algunos versistas á quienes se sirve en las soirées después del café y á guisa de refrescos.

Sobre todo, que se otorgue á la literatura una protección verdadera, porque el lujo de las "veladas" no conduce á nada útil, y mientras que en dar de comer y de beber á los literatos, en una noche se gastan quinientos ó mil pesos, no hay fondos para hacer las publicaciones, los gastos de edición no se recompensan, y los jóvenes autores guardan sus manuscritos por falta de medios para publicarlos.

Por lo demás, estas reuniones, como quiera que hayan sido, han producido un movimiento intelectual notable, como lo hemos notado al principio, y aunque amamantada con *champagne* y mantenida con manjares temibles, la literatura no ha tenido la desgracia de atragantarse, y ha renacido.

Las dos últimas veladas tuvieron lugar en la casa de Schiafino y en la casa de Riva Palacio otra vez, como presidente de la Asociación Gregoriana, que fué la que invitó.

Nos detendremos un poco para hablar de la primera.

Schiafino reunió á los literatos en su casa, no á fuer de hombre opulento, sino á fuer de amante de las letras y de las artes, cualidad que nadie puede negarle, porque á un talento distinguido reúne una instrucción nada común, y un gusto refinado y exquisito que posee por naturaleza, y que ha tenido tiempo de cultivar en sus viajes por Europa. El concurría además á las *veladas* con anterioridad, y eran muy dignas de oírse sus apreciaciones sobre los trabajos literarios que se daban á luz, de modo que si él aun no había contribuido con su contingente, escribiendo artículos que nosotros y sus amigos todos sabemos que tienen originalidad y gracia, sí había sido útil en nuestro seno con las observaciones de su buen sentido y de su gusto delicado.

Esta velada estuvo concurridísima. Se sabe en Méjico con cuánta caballerosidad y con qué tacto Schiafino sabe hacer los honores de su casa. Tal cualidad no es tan común como podría creerse; y millonarios hay que darían algo



por tenerla, porque sucede generalmente que se disponen un palacio en el que se descubren por donde quiera las desgraciadas combinaciones de la necedad enriquecida, y que el amo de la casa representa ante sus invitados las escenas del *Bourgeois gentilhomme* de Molière, corregidas y aumentadas. En materia de *soirées* de especiero, Méjico es fecundo, porque aquí el dinero y la posición no suelen andar de acuerdo con la inteligencia.

Schiafino se distingue por su excelente gusto. Su hermosa casa de la calle del Cinco de Mayo fué la señalada para la reunión. Esta casa es la que se conoce generalmente en Méjico con el nombre de *casa pompeyana*, y bien merece ser descrita, aunque sea de paso.

La calle del Cinco de Mayo ha sido abierta nuevamente, rompiendo parte del edificio que había servido de colegio de jesuitas, llamado La Profesa. De entre esas ruinas salió esa calle espaciosa y bella, que desemboca por un extremo en la de San José el Real y por el otro en la de Vergara. A los dos lados de la calle se construyen hoy elegantes edificios de gusto moderno y que los propietarios se afanan por embellecer. Una doble hilera de fresnos y de esos pequeños y alegres arbolillos que se llaman "tröenes" por los franceses (la alheña de los es-

pañoles), extendiéndose á lo largo de la nueva calle, le da un aspecto completamente europeo. En concepto de todos, la calle del Cinco de Mayo, inaugurada por el Ayuntamiento en Mayo de este año, va á ser una de las más hermosas de la capital.

La *casa pompeyana* está situada en el lado Norte de la calle, y cerca del extremo que termina en San José el Real. No hay que buscar en ella el plano del viejo Vitruvio, que era el dominante en las construcciones pompeyanas, según dicen los viajeros. La casa es un verdadero capricho en que se mezclan agradablemente el gusto francés y el gusto antiguo. Por ejemplo, no os encontráis luego con el *vestíbulo* para penetrar á la casa, sino con una reja de hierro y una puerta, como se usan en las casas de recreo inglesas y francesas. Para que el aspecto fuese rigurosamente pompeyano, era necesario que hubiese este *vestíbulo*, que daba por decirlo así, aspecto á los edificios romanos, y además era preciso que apareciese sobre el pórtico con letras rojas el nombre del dueño de la casa.

El patio no es el *atrium* antiguo, sino un patio moderno, porque está á descubierto, según el uso actual, al contrario de aquel, que tenía el techo, cualquiera que fuese el género á que perteneciera, porque Vitruvio señala varios, y lo



que debía ser *impluvium* ó receptáculo del agua del cielo por el agujero del techo, no es sino un hermoso tazón de mármol de Carrara que se eleva en un círculo de musgo y de flores. No hay peristilo, y además, el segundo piso, que en las casas pompeyanas era casi invisible y se destinaba á la servidumbre ó bien no existía, es aquí el principal del edificio, enteramente como se estila en la actualidad.

¿Para qué hemos de decir más? No hay que ir con el libro de Vitruvio, ó con la célebre novela de Bulwer, ó con la magnífica descripción de Dezobry, que están basadas en aquel, á examinar la casa de Schiafino, porque se la encontraría enteramente diversa.

El mérito de ella no consiste en la semejanza con las construcciones de Pompeya, sino en el buen gusto que ha presidido á su estructura y su adorno.

Así, pues, la describiremos tal como la vimos la noche de la *velada*. Atravesamos la puerta del enverjado y nos hallamos en un patio pequeño y cuadrado, iluminado lujosamente. Este patio es un jardín en miniatura, en el que á los *gigantes* que crecen en los ángulos, mostrando su gallardo y fresco ramaje que envuelve su tronco hasta el suelo, se mezclan diferentes plantas. Una hermosa palmera crece en otro de

los ángulos, dando á aquel lugar con su aspecto un aire morisco y gracioso. En el centro hemos dicho que hay un círculo de musgo y de flores rastreras limitado por callecitas de menuda arena, y en la cual se destaca garbosa una columna que sostiene un vaso de mármol hasta el cual trepan las enredaderas.

Esa noche el centro del jardín estaba bellísimo. Se habían colocado entre el musgo pequeños vasos de luz de varios colores, lo que les daba una gran semejanza con esas coronas de cocuyos que suelen enredarse en la grama de las praderas en las serenas noches de los climas calientes.

En el fondo del patio se eleva un pórtico jónico con zócalo de mármol negro y blanco. Las bases de las columnas son rojas y sus fustes amarillo y blanco. Los capiteles con filetes de colores sostienen un entablamento con cornisas del mismo orden, teniendo por remate una balaustrada. Multitud de enredaderas trepan hasta la mitad de las columnas, cubriéndolas con sus racimos de flores de colores diversos.

Alrededor del jardín hay un pavimento de mármoles de Puebla, sobre el cual se puede pasear á la sombra. Este pavimento es un verdadero mosaico blanco, azul y rojo que forma *lozanges* y otras figuras caprichosas.



Después del pórtico hay un salón espacioso y bello en el que se ha hecho un ensayo de la pintura policroma como los frescos pompeyanos, realizando una alianza de la forma y del colorido que hace realzar más el relieve. En el pórtico hay pinturas al claro oscuro. Las cuatro Estaciones y Las cuatro Edades del hombre.

Del extremo derecho del salón antedicho se pasa á un pequeño jardín interior, que se ha convenido en llamar el *viridarium*, aunque no ocupa el lugar que éste en las casas romanas. Este jardín es bellissimo. Sus muros están cubiertos con lava del Popocatépetl, de entre los cuales se descuelgan numerosas plantas rústicas. En el centro se eleva una fuente. El agua brota de un Delfín que un niño oprime con el pie. Este grupo de mármol, de una belleza acabada, es composición del hábil escultor mejicano Islas.

En los ángulos del jardín sobre *bazares* de bronce, se muestran en deliciosa confusión las hortensias, los pinos, los heliotropos, las violetas, algunas plantas alpinas, y grandes grupos de cinerarias, de agapantos, de anémonas, de campánulas, de verónicas y de otras flores que crecen á la sombra y embalsaman la atmósfera de aquel encantado retiro.

Una luz azulada colocada hábilmente entre las flores, hacía el efecto de cascadas que se desprendían de las rocas.

Del jardín, y por una puerta practicada literalmente entre las enredaderas que cubren la pared se pasa á un departamento que se llama la *exedra*, que en las casas romanas estaba destinado á la reunión de los filósofos y de los poetas. Era el lugar de la conversación.

Este departamento está dividido en dos saloncitos: el uno tapizado elegantemente y con techo de vigas doradas, como las casas señoriales, muestra en sus paredes una copia de la Danae del Ticiano y otros dos cuadros españoles cuyo estilo es de la escuela de Murillo, así como otros dos lienzos representando batallas. Aquí se encontraba un magnífico piano inglés, y había mullidos asientos para los que viniesen á conversar después de las lecturas ó á fumar.

El otro, más grande y espléndidamente iluminado, se destinó á la reunión literaria. Este salón es muy hermoso, y en él se ha procurado reproducir el aspecto de aquel que existe en Pompeya, en la casa del *poeta trágico*. Tiene vista á los dos jardines, sus muros son azules, sus pilastras rojas, y rojas también las cortinas de los tableros. Aquí las pinturas al fresco, obra de artistas de la Academia de San Carlos, re-



presentan los asuntos siguientes, copiados de los cuadros pompeyanos:

El sacrificio de los amores.

Patroclo, por orden de Aquiles, entrega á la esclava Briseis á los enviados de Agamemón.

Héctor reprocha á Paris estar al lado de Helena y lejos del combate.

Despedida de Héctor y de Andrómaca.

El sueño y la muerte conduciendo el cuerpo de Sarpedon á Lycis, su patria.

La aurora naciente.

La diosa Minerva-Pallas.

Los siete contra Thevas.

El sueño de Helena.

Clitemnestra.

Las pléyades.

Pelasgus ultrajado.

Las suplicantes

Todos estos asuntos están, como se sabe, sacados de la Iliada y de la Odisea, del poema de Hesiodo y de las tragedias de Eschylo y de Sófocles.

Como la casa aun no está amueblada de una manera análoga, porque no puede decirse concluida enteramente, esa noche se arregló con elegancia, pero al uso moderno, para recibir á los literatos. Sobre grandes mesas se habían

puesto casi todos los periódicos literarios é ilustrados de Europa, las publicaciones históricas contemporáneas y otras curiosidades que fueron una novedad.

Continuaremos describiendo la casa. Al extremo opuesto del salón en que se halla el *viridarium*, hay una puerta que conduce á la ala derecha de la casa. En este departamento se halla el comedor, *triclinia* le llama el amo de la casa; porque en efecto, su colocación es la propia, si llamamos *exedra* á los departamentos de enfrente, y si suponemos que el salón del fondo ocupa el lugar de lo que llamaban los romanos técnicamente *tablinum*, en el que guardaban los archivos de familia.

Este lugar de los triclinios es la reproducción del que existe en Pompeya en la casa llamada de Castor y Polux, y brilla por un gusto exquisito en su decoración. El cielo raso es de mosaicos de forma octágona de color verde, azul y rojo, sobre fondo amarillo. En el friso hay pintadas máscaras de báquicas envueltas en un gran festón, con una riqueza de flores y de frutas de una variedad sorprendente.

Las paredes están cubiertas de tableros azules y amarillos, separados por esbeltas columnas adornadas con flores fantásticas, y en el centro hay varios paisajes y decoraciones. El pavimen-